

CAPÍTULO SEGUNDO: DIOS AL ENCUENTRO DEL HOMBRE

ARTÍCULO 1: LA REVELACIÓN DE DIOS

II LAS ETAPAS DE LA REVELACIÓN

Dios forma a su pueblo Israel (62-64)

(Monseñor José Ignacio Munilla - Programa 025 / 24-03-2011)

Ayer explicamos el apartado que dice “Dios elige a Abraham”. Dentro de esta explicación de las etapas de la revelación, primero ya fue la alianza con Noé, después Dios elige a Abraham, hoy nos toca un apartado de tres puntos que tiene como título:

Dios forma a su pueblo Israel

El primer punto es el punto 62 que dice:

62 Después de la etapa de los patriarcas, Dios constituyó a Israel como su pueblo salvándolo de la esclavitud de Egipto. Estableció con él la alianza del Sinaí y le dio por medio de Moisés su Ley, para que lo reconociese y le sirviera como al único Dios vivo y verdadero, Padre providente y juez justo, y para que esperase al Salvador prometido (cf. DV 3).

Como veis, damos un paso más después de la etapa de los patriarcas. No es tan fácil establecer los patriarcas, hasta dónde son o dónde no son. La palabra “patriarca” en su sentido más estricto y más común, se le suele aplicar a los padres antediluvianos de la raza humana -antes del diluvio-, y también a los progenitores de Israel: Abraham, Isaac y Jacob. Esto es lo que se suele entender por patriarcas.

En el Nuevo Testamento, el término también se aplica a los hijos de Jacob –en el libro de los Hechos- y también al rey David. No hay una línea divisoria que diga “estos son patriarcas y estos no”. Pero digamos que la palabra “patriarca” se suele aplicar a los padres de antes del diluvio, y a los progenitores de Israel: Abraham, Isaac y Jacob.

Hay un par de listas de los patriarcas en el libro del Génesis, (en el capítulo cuatro y en el capítulo cinco) que nosotros que tenemos una cultura del Antiguo Testamento bastante flojita, nos cuesta situarlos históricamente. Por ejemplo allí en Génesis 4,17 se comienza una lista con Caín, y habla de sus descendientes Enoc, Irad, Mehujael, Metusael, Lamec... bueno la verdad es que vamos a ser un poco humildes y reconocer que nos cuesta tener un conocimiento de todas esas genealogías tan cercano. Baste con lo que hemos dicho: por patriarcas entendemos los padres de antes del diluvio y Abraham, Isaac, y Jacob.

Lo que dice el Catecismo es que después de la etapa de los patriarcas, Dios constituyó a Israel como su pueblo, salvándolo de la esclavitud de Egipto. Es curioso que se diga que hay una constitución de Israel. Por la palabra “constitución” entendemos algo jurídico, de levantar acta, de llamar al notario para levantar acta, publicar un decreto por el que queda constituido, etcétera...

Pues obviamente tal cosa no existe en el caso de la constitución de Israel, pero el catecismo pone como momento especial, momento en el que el pueblo se hace pueblo,

el momento en el que son librados de los egipcios, el momento en que es salvado de Egipto, que tiene esa experiencia de la dureza de la esclavitud, de pasarlo mal, de clamar a Dios, etcétera. En ese momento son constituidos. Esa experiencia es tan fuerte, queda marcada en ellos de una manera tan fuerte lo que han sufrido en Egipto, el ser esclavo, el ser humillado... Que el faraón incluso decida matar a los primogénitos varones etcétera. Todo eso supone tal humillación, tal experiencia, que les une y forma un pueblo, les constituye como pueblo. No digamos nada de la experiencia de marchar al desierto perseguidos por los egipcios, la experiencia del ver cómo Yahvé les hacía pasar milagrosamente el mar Rojo, cómo en el desierto les obliga a organizarse...

Así son constituidos como un pueblo. También esto tiene su razón de ser en la propia psicología del hombre, porque a veces para sentirnos nosotros pueblo, tenemos que pasarlo todos mal. O sea, tenemos que tener la experiencia de sentirnos unidos por compartir un sufrimiento. Cuando vivimos bien, cuando no tenemos problemas, empezamos a enfrentarnos entre nosotros. Cuando no tenemos un problema común, cuando no tenemos un enemigo común, entonces generalmente el pueblo se desune, empieza uno a luchar contra el otro, todos son afanes de protagonismo, etc. etc.

Si ya lo vemos lo que ocurre. Una sociedad que durante mucho tiempo vive en el bienestar, pierde fácilmente su idiosincrasia, pierde sus raíces... Si nos está pasando a nosotros. El hecho de que vivamos en un bienestar hace que perdamos la identidad del propio pueblo, estamos divididos. Es curioso que nuestra personalidad se suele formar especialmente en momentos duros. En momentos duros es cuando nos unimos todos como una piña. Por eso Israel propiamente como pueblo, se constituyó cuando estuvo en la esclavitud. Antes, claro que había habido pasos previos, pero en la esclavitud de Egipto y en esa experiencia de liberación, entonces se formó el pueblo.

Y además dice: “estableció con él la alianza del Sinaí”. El hecho de ser llevados al desierto, el hecho de que en la cumbre de aquel monte de Sinaí, Yahvé mostrase su gloria, que eligiese a Moisés como aquel hombre al que le iba a revelar su gloria, y le entregaba las Tablas de la Ley. Bien es verdad que al mismo tiempo estaban ocurriendo infidelidades, porque es así, porque somos así de incoherentes. Pero obviamente también la experiencia de que Dios se revelase, el escándalo de hacer un toro de oro y que Moisés respondiese dando un órdago en el que les pide penitencia por lo que han hecho, por la infidelidad a Dios. Eso estaba conformando el alma de un pueblo.

Estaban recibiendo una lección, la lección de que no hay más Dios que Yahvé. Estaban experimentando su propia miseria una y otra vez, su fragilidad, porque se veían como en medio de un desierto. Suelen decir las personas que han conocido el desierto, que cuando alguien vive una etapa de su vida en un desierto, suele sentir una experiencia de fragilidad viendo lo que es un desierto. Cuando se levanta una tormenta de arena, tú no eres nadie. Viendo algunas tormentas, los rayos, los truenos en mitad del desierto, preguntándote si habrá agua más adelante o no habrá agua, viviendo en una precariedad en la que uno necesita en cada instante vivir casi del milagro del momento.

Bueno, pues esto constituye a Israel, y van comprendiendo que no hay más Dios que Yahvé. Él es el Padre providente, es el juez justo, y así aprenden a esperar en el desierto. En la experiencia de Egipto, Israel aprendió a esperar, aprendió lo que es la esperanza, y recibió una gran lección para aprender a esperar al Mesías prometido, que es el Mesías liberador, que es Jesucristo.

Ellos estando esclavos en Egipto, suspiraban por su liberación. Vino Moisés y les liberó. Pero claro, después también en el desierto había más problemas. Van a la tierra prometida, esperaron en ella, llegan a la tierra prometida, en ella también tienen que batallar... Las esperanzas se ven cumplidas, pero al mismo tiempo es un pueblo que está siempre esperando, y cuando alcanza lo esperado, se da cuenta que era un objetivo intermedio, que era una “meta volante”, pero que luego tenía que seguir esperando...

Dios les va educando en esperar la salvación definitiva, que es la del Mesías. Así se va constituyendo Israel, un pueblo educado en la esperanza. Si lo trasladamos a nuestra vida, nos pasa lo mismo. El hombre es un ser que espera. Si un ser humano no esperase nada, es que sería vegetal, no sería ser humano. Pero al mismo tiempo en esas pequeñas esperanzas que tenemos en esta vida, tenemos que ser educados en la gran esperanza, no perdernos por el camino sino ir educando nuestro corazón en que al final solamente Dios colma nuestras esperanzas.

Pasamos al punto siguiente, el punto 63 que dice:

63 Israel es el pueblo sacerdotal de Dios (cf. *Ex 19, 6*), "sobre el que es invocado el nombre del Señor" (*Dt 28, 10*). Es el pueblo de aquellos "a quienes Dios habló primero" (*Viernes Santo, Pasión y Muerte del Señor, Oración universal VI, Misal Romano*), el pueblo de los "hermanos mayores" en la fe de Abraham (cf. *Discurso en la sinagoga ante la comunidad hebrea de Roma, 13 abril 1986*).

También (a Israel) se le llama pueblo sacerdotal. Entre las tribus en las que se constituyó y se dividió Israel para organizarse, estaba también la tribu sacerdotal, pero Israel entero era pueblo sacerdotal.

Éxodo 19,6

6 Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa. Estas son las palabras que has de decir a los hijos de Israel.

“Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa”. Acordaos de esa canción que solemos cantar en la liturgia: “pueblo de Reyes, asamblea santa, pueblo sacerdotal...” Eso nosotros podemos decirlo en plenitud, porque estamos unidos al sumo sacerdote que es Jesucristo, Único y Eterno Sacerdote. Pero también el pueblo de Israel podía decirlo porque estaba preparando, estaba prefigurando el sacerdocio de Jesucristo y así se le designa, como pueblo sacerdotal de Dios, que sirve a Dios, que está consagrado de una forma especial a su servicio. Ser sacerdote es lo que significa, estar consagrado especialmente al servicio de Dios, también ser el puente de Dios para todas las naciones.

En este punto del Catecismo hay un cuidado, un esmero muy especial en el trato hacia el pueblo judío, llamándoles “hermanos mayores”. Es curioso. Esta expresión “nuestros hermanos mayores” que es con la que designamos al mundo judío, es toda una llamada a fortalecer los vínculos que tenemos con ellos, que son todos los vínculos del Antiguo Testamento, y es como una invitación que hacemos al pueblo de Israel a que sea fiel a sus raíces, porque confiamos plenamente en que si son fieles a todo el mensaje que han recibido en el Antiguo Testamento, terminarán por encontrarse con Jesucristo.

Estamos convencidos de ello, que quien vive el Antiguo Testamento con plenitud se va a terminar encontrando con Jesucristo. Tenemos pues, esta veneración y este respeto grande a aquellos a los que Dios habló primero. Expresión tomada según la cita (Viernes Santo, Pasión y Muerte del Señor, Oración universal VI, Misal Romano), de la liturgia que celebramos el Viernes Santo, en esas peticiones especiales que hacemos el Viernes Santo: “aquellos que llevan el nombre del Señor a quienes Dios habló primero”.

Pasamos al punto 64:

64 Por los profetas, Dios forma a su pueblo en la esperanza de la salvación, en la espera de una Alianza nueva y eterna destinada a todos los hombres (cf. *Is* 2,2-4), y que será grabada en los corazones (cf. *Jr* 31,31-34; *Hb* 10,16). Los profetas anuncian una redención radical del pueblo de Dios, la purificación de todas sus infidelidades (cf. *Ez* 36), una salvación que incluirá a todas las naciones (cf. *Is* 49,5-6; 53,11). Serán sobre todo los pobres y los humildes del Señor (cf. *So* 2,3) quienes mantendrán esta esperanza. Las mujeres santas como Sara, Rebeca, Raquel, Miriam, Débora, Ana, Judit y Ester conservaron viva la esperanza de la salvación de Israel. De ellas la figura más pura es María (cf. *Lc* 1,38).

Hemos dado un paso más, y después de haber hablado de la etapa de los patriarcas, de cómo Israel estuvo esclavo en Egipto, cómo fue liberado, allí fue constituido como pueblo, Dios hace una alianza con él, una alianza en el Sinaí y forma un pueblo sacerdotal... después de eso pasamos a la etapa de los profetas.

En la etapa de los profetas suele haber como dos categorías entre los profetas: los que se llaman profetas antiguos y los profetas recientes. Los profetas antiguos son los autores de los libros narrativos, de los libros históricos. Josué, Samuel, el libro de los Reyes... Los autores que aparecen en esos libros son los que llamamos profetas antiguos. Y los profetas recientes son los que suelen ser más llamados como profetas, que se dividen en profetas mayores y profetas menores. Los profetas mayores son Isaías, Jeremías y Ezequiel, y los profetas menores son doce: Amón, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahún, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías.

Resumiendo: profetas antiguos y profetas recientes. Los antiguos son los profetas de los libros de Josué, Samuel, Reyes... Entre ellos están Samuel, Natán, Elías, Eliseo... Y luego están ya partir del siglo octavo antes de Cristo, los que llamamos profetas recientes. Los otros (profetas antiguos), son los que están en los siglos anteriores al siglo octavo antes de Cristo. Los recientes se dividen en profetas mayores, que sus libros son mucho más amplios, y los profetas menores, que sus libros son mucho más abreviados.

Hecha esta distinción, la afirmación primera es esta: Dios forma a su pueblo en la esperanza de la salvación. En la esperanza de una Alianza nueva y eterna destinada a todos los hombres. Se nos refiere a Isaías 2, 2-4 que dice:

Isaías 2, 2-4

2 sucederá en días futuros que el monte de la casa de Yahvé será sentado en la cima de los montes y se alzará por encima de las colinas

3 confluirán a él todas las naciones y acudirán pueblos numerosos y dirán: “venid, subamos al monte de Yahvé, a la casa del Dios de Jacob para que Él nos enseñe sus caminos y nosotros sigamos sus senderos, pues después de Sión saldrá la ley y de Jerusalén la palabra de Yahvé.

4 juzgará entre las gentes, será árbitro de pueblos numerosos, forjarán de sus espadas azadones, y de sus lanzas, podaderas. No levantará espada pueblo contra pueblo, ni se ejercitarán más en la guerra.

Isaías está profetizando la llegada de un tiempo en que todo el mundo, todos los pueblos confluirán a Jerusalén. Subirán a la casa del Señor, este monte será la casa de Yahvé. Y está hablando de que llegará un momento en que todo el mundo beberá de Israel. Obviamente comienza la profecía de cómo este pueblo elegido por Dios va a ser madre, va a ejercer de pueblo madre de todas las naciones. Es la maternidad, es la paternidad del pueblo judío que en su seno lleva al Salvador prometido por Dios. Del cual darán a luz todas las acciones. Es la fe en Jesucristo, único salvador del mundo.

Israel empieza a enterarse poco a poco. Todavía no es consciente de que en su seno, en la promesa que Dios ha hecho a este pueblo, lleva el Salvador de todo el mundo, no solo de ellos mismos, sino de todo el mundo.

Esta alianza, los profetas insisten en que tiene que ser grabada en todos los corazones. Se nos remite a Jeremías 31, 31-34

Jeremías 31, 31-34

31 He aquí que días vienen - oráculo de Yahveh - en que yo pactaré con la casa de Israel (y con la casa de Judá) una nueva alianza;

32 no como la alianza que pacté con sus padres, cuando les tomé de la mano para sacarles de Egipto; que ellos rompieron mi alianza, y yo hice estrago en ellos - oráculo de Yahveh -.

33 Sino que esta será la alianza que yo pacte con la casa de Israel, después de aquellos días - oráculo de Yahveh -: pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo.

34 Ya no tendrán que adoctrinar más el uno a su prójimo y el otro a su hermano, diciendo: «Conoced a Yahveh», pues todos ellos me conocerán del más chico al más grande - oráculo de Yahveh - cuando perdone su culpa, y de su pecado no vuelva a acordarme.

Los profetas no sólo están anunciando la llegada de ese Salvador, sino que además están subrayando el hecho de que la Alianza tiene que espiritualizarse. En un primer momento existe una concepción de la Alianza demasiado exteriorista, demasiado ligada a un pacto exterior en el que el pueblo siente que hay una serie de leyes, de preceptos que tiene que cumplir, y a cambio de ello Yahvé les promete que les va a proteger de los demás pueblos, etcétera.

Esto es una primera comprensión demasiado caricaturizada, pues no se trata de cumplir una serie de preceptos, sino de ser santo, que es distinto. No es únicamente un cumplimiento.

Porque los profetas van denunciando una y otra vez a Israel, de que se está aferrando al supuesto cumplimiento, pero no cumple. Primero, no cumplen ni siquiera la letra de la ley, pero mucho menos el espíritu de esa ley.

El cumplimiento tiene el gran peligro de ser un “cumplimiento y miento”. Es lo que Jesucristo achaca a los fariseos: “sepulcros blanqueados, que por fuera estáis limpios y por dentro estáis corruptos... que mantenéis el cumplimiento de una serie de prescripciones, pero vuestro corazón está lleno de odios y rencores...”

Por eso insiste en que la Alianza tiene que ser escrita en los corazones, tiene que espiritualizarse esa relación con Dios. “Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios” quiere decir que “no tienes que entender tú, que tú eres pueblo de Dios en un sentido excluyente, como si los demás pueblos no fuesen de Dios, porque los demás pueblos están llamados también a ser pueblo de Dios. Y esa fidelidad que tienes que mantener conmigo, no debes de entenderla como un mero cumplimiento de una serie de tradiciones y prescripciones, sino que la ley tiene que estar grabada en tu corazón, tienes que ser humilde, tienes que ser santo”.

Los profetas no solo anuncian, sino que van poco a poco “tirando de las orejas” al pueblo de Israel, porque tiene una tendencia continua a interpretar de una manera caricaturizada, demasiado carnal, poco espiritual, su relación con Yahvé.

Hebreos 10, 16

16 Esta es la alianza que pactaré con ellos después de aquellos días, dice el Señor. Pondré mis leyes en sus corazones y en su mente las grabaré.

La clave está en que lo hagamos nuestro, no solo que nos sometamos por conveniencia, sino que “te he grabado en mi corazón”, que yo ame a Dios.

Se dice en el punto también: “Los profetas anuncian una redención radical del pueblo de Dios, la purificación de todas sus infidelidades, una salvación que incluirá a todas las naciones”. Hay una gran paciencia por parte de Yahvé de enviar un profeta, de anunciar la conversión, anunciar la purificación. Después, esto está reflejado el Nuevo Testamento en más de un pasaje. Acordaos del dueño de la viña que envió a un cobrador de la viña a ver si le daban el rédito, pero le maltrataron, y envió a otro enviado, y tampoco le hicieron caso. Es la historia de los profetas, la historia de la paciencia de Dios. Lleva una y otra vez educando, a veces hacen caso, una vez y tres veces no... Esta es la historia de Israel. Pero es una historia de purificación. Primero la purificación fue en el desierto, pero ahora la purificación tiene que tener lugar en el día a día, en medio de nuestra historia en la que se va constituyendo Israel. Una salvación que incluirá a todas las naciones, dice Isaías 49, 5-6

Isaías 49, 5-6

5 Ahora, pues, dice Yahveh, el que me plasmó desde el seno materno para siervo suyo, para hacer que Jacob vuelva a él, y que Israel se le una. Mas yo era glorificado a los ojos de Yahveh, mi Dios era mi fuerza.

6 «Poco es que seas mi siervo, en orden a levantar las tribus de Jacob, y de hacer volver los preservados de Israel. Te voy a constituir en luz de los gentiles, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra.»

Es claramente ya un anuncio de que Israel se tiene que abrir a ser el faro de todas las naciones. No tiene que cerrarse a su propia carne, no tiene que entender ser un pueblo elegido en un sentido excluyente de los demás. Sino que tiene la gracia de ser un instrumento de Dios. “Te hago luz de las naciones, para que mi salvación llegue hasta el confín de la tierra”. Ya claramente están anunciando tal cosa los profetas.

Isaías 53, 11

11 por las fatigas de su alma verá luz, se saciará. Por su conocimiento justificará mi Siervo a muchos y las culpas de todos él soportará.

Es decir, que ese Mesías profetizado no únicamente dice “yo justificaré a los judíos”, no, “justificaré a todos... y soportaré las culpas de toda la humanidad”. No es una redención para un pueblo en concreto, sino para toda la humanidad.

Habíamos subrayado que los profetas van predicando la purificación de las infidelidades de Israel. Están llamados a ser un pueblo santo, están llamados a tener una espiritualización de esa alianza, a grabarla en sus corazones y eso supone toda una purificación. El capítulo 36 de Ezequiel es un capítulo que es clave. Os invito el que tenga tiempo a leerlo, yo voy a leer únicamente algunos versículos:

Ezequiel 36, 27-30, 33-35

27 Os infundiré mi espíritu, y haré que caminéis según mis preceptos, y que guardéis y cumpláis mis mandatos.

28 Y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios.

29 Os libraré de vuestras impurezas, convocaré el trigo y lo haré abundar y no volveréis a pasar hambre

30 Multiplicaré los frutos de los árboles y la cosecha del campo, para que no soportéis más la afrenta del hambre entre las naciones.

(...)

33 Esto dice el Señor: “Cuando os purifique de vuestras culpas, le repoblaré las ciudades y serán reconstruidas las ruinas.

34 Volverán a labrar la tierra desolada, que los caminantes veían desierta.

35 Entonces se dirá: “Esta tierra que estaba desolada se ha convertido en un jardín de Edén, y las ciudades arrasadas, desiertas y destruidas, son plazas fuertes habitadas”

Volver a convertir el Jardín del Edén. Es como un sueño, de volver al paraíso. Eso se producirá -empiezan a anunciar los profetas-, cuando en nosotros se produzca esa conversión. “Infundiré mi espíritu, y haré que caminéis según mis preceptos, y que cumpláis mis mandatos.”

La ley de Dios escrita en nuestros corazones, es como el inicio de un nuevo paraíso, del Jardín del Edén. Ese Jardín del Edén llega finalmente con Jesucristo, quien es el nuevo Adán, y María es la nueva Eva. En el fondo el deseo del hombre de felicidad, de ese paraíso, lo tenemos en Jesucristo. Él es el nuevo Adán, María la nueva Eva.

Sigue adelante el catecismo y termina diciendo: “Serán sobre todo los pobres y los humildes del Señor (cf. So 2,3) quienes mantendrán esta esperanza”. Es curioso esto: “los pobres y los humildes”.

Sofonías 2, 3

3 Buscad a Yahvé, vosotros todos humildes de la tierra, que cumplís sus normas. Buscad la justicia, buscad la humildad. Quizás encontrareis cobijo el día de la cólera de Yahvé.

Los humildes y los pobres van a ser claves. Paradójicamente a pesar de tanta insistencia, a pesar de tantos, los patriarcas, los profetas... curiosamente cuando llegue el Salvador, el Mesías prometido, va a haber como un despiste general, y va a ser un resto de Israel, un pequeño resto de Israel el que reconozca Jesucristo.

Ese pequeño resto, salvo contadísimas excepciones, es un resto que son gente humilde y gente pobre. Tenemos algún otro caso, pues en los Evangelios se nos narra como José de Arimatea, Nicodemo y algún que otro miembro del Sanedrín eran seguidores de Jesús, pero eran excepciones. Y además le seguían casi a escondidas. Los seguidores de Jesús eran más bien gente pobre y humilde.

Es curioso que al final, después de tanta predicación, en la medida que uno se ata a otros intereses en esta vida, si te atas a otros intereses, es muy difícil que estés libre para esperar. El pueblo de Israel es el pueblo de la esperanza, pero si yo resulta que me ato, a mis intereses de dominar, a mi negocio que es próspero, a la propia imagen que yo me he labrado de mí mismo... cuando uno se ata a otros intereses, qué difícil es que esperen. Sin embargo los pobres, que no tienen nada que perder, es mucho más fácil que esperen mejor, la gente humilde, la gente pobre.

Otra cosa más: las mujeres. Termina este punto del Catecismo recordando a las mujeres santas, como Sara, Rebeca, Raquel, Miriam, Débora, Ana, Judit, Ester... que conservaron viva la esperanza de la salvación de Israel. De ellas, la figura más pura es María. Posiblemente también las mujeres formaron parte de ese resto de Israel que estaba esperando sin despistarse la llegada del Mesías. Pues por el hecho de que también ellas eran probadas y eran especialmente sacrificadas en una cultura que era machista.

Así, en la medida en que alguien está mucho más probado y que no tiene puesto su corazón en el poder, en la ambición, en ser considerado, sino que las mujeres ocupaban la postura más humilde. Estaban por ello igual que los pobres, más capacitadas para esperar a Jesucristo.

Entre todas estas santas mujeres, Sara, Rebeca, Raquel, Miriam, Débora, Ana, Judit, Ester... es hermoso seguir su pista en el Antiguo Testamento. Estas mujeres extraordinarias que bajo el impulso del Espíritu Santo participaron en las luchas y los triunfos de Israel, contribuyeron a su salvación, y no entendamos ni mucho menos, que su contribución fue ni marginal, ni pasiva. Son grandes protagonistas de la historia de la salvación.

Por ejemplo, después del paso del Mar Rojo, la hermana de Aarón que es María la profetisa, tomó en sus manos un tímpano, y todas las mujeres le seguían danzando en coro, y esta hermana de Aarón, María, les entonaba el estribillo “cantad al Señor, que se cubrió de gloria arrojando en el mar carros y caballos...”

Esta mención de la iniciativa femenina en un marco de celebración, pone de relieve la importancia del papel de la mujer y además también su aptitud, su vocación tan apta para alabar y dar gracias a Dios. También vemos como hoy mismo, las vocaciones contemplativas de dar gloria a Dios en la alabanza, son mayoritariamente femeninas.

O por ejemplo en tiempos de los jueces, la profetisa Débora después de haber ordenado al jefe del ejército que reuniera a sus hombres y entablara batalla, ella con su presencia firme asegura el éxito del ejército de Israel, junto con otra mujer Yael, matará al jefe de los enemigos, y para celebrar la victoria, Débora entona un cántico que también alaba la acción de su compañera, de Yael. Un cántico que tiene una gran similitud con las palabras que pronunció María al visitar a su prima Isabel.

Jueces 5,24

24 Bendita entre las mujeres, Yael. Bendita seas entre las mujeres que habitan en tiendas.

Son un eco de esas otras palabras de María saludando a Isabel. Los libros de Judit y de Ester son unos libros que tienen como autores a estas mujeres, o por lo menos que llevan su nombre, y tienen como finalidad exaltar de modo ideal la aportación positiva de la mujer en la historia del pueblo elegido. Son dos mujeres, dos figuras de mujeres que contribuyen a la victoria, a la salvación de los israelitas.

El libro de Judit en particular, refiere que el rey Nabucodonosor envía un temible ejército para conquistar Israel, el ejército enemigo está a punto de apoderarse de la ciudad de Betulia, y en medio de la desesperación de los habitantes que están queriendo rendirse, y ven que no hay nada que hacer, pues Judit les reprocha su falta de confianza, le reprocha su falta de fe, y entonces ella consigue la victoria frente a ese enemigo que se acerca.

El libro de Ester, que tuvimos también ocasión de comentarlo, muestra como en el reino de Persia, en el tiempo del destierro, Amán era el encargado de los negocios del rey, decretó el exterminio de los judíos, y entonces Mardoqueo que era un judío, recurre a Ester que vivía en el palacio del rey. Estaba infiltrada en medio de aquel pueblo persa, y entonces ella, Ester, arriesgando su vida se presenta delante del rey, y pide, intercede por el pueblo judío que iba a ser exterminado. Consigue la salvación, Amán es ejecutado, Mardoqueo llega al poder, y los judíos son librados de la amenaza.

Es decir, que esta mujer, Ester, pone en riesgo su vida para interceder. Dice “quizás por esto me permitió Dios llegar aquí a ser la esposa del reino de Persia”. Digamos que es otra mujer que es venerada obviamente por los judíos. Bueno, como veis también este genio femenino, a pesar de que el pueblo judío sea un pueblo pues muy -decimos nosotros- machista, sin embargo también el genio femenino hizo una gran aportación y especialmente por la sensibilidad tan grande que tuvo de acoger la llamada de los profetas a la conversión, y a la espera de la llegada del Mesías.

Termina diciendo el punto, “de todas ellas la figura más pura es María”. Es el fruto más logrado, el fruto más puro de todo Israel. Solamente por dar desde su seno una mujer como María, el pueblo de Israel ya podría sentirse plenamente satisfecho. Haber dado en su seno a María como fruto, como imagen del hombre que se abre a Dios, que acoge a Dios.

“He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra”. Eso que María pronunció ante el anuncio del ángel, es lo que todo judío está llamado a pronunciar y a reconocer ante la llamada de Dios.

El día en el que el pueblo judío pronuncie esa frase de María, “he aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra” sin duda alguna todo el pueblo judío habrá llegado a su meta, que es al reconocimiento de Jesucristo como el enviado a las naciones. Nosotros también estamos llamados a hacer ese mismo reconocimiento, esa misma invocación “he aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra”, plenamente acogedores de esa llamada, esa llamada a la esperanza, a la llegada del Salvador en nuestra vida.